La comunidad en el 50

Esta historia abarca planos superpuestos de realidad y mito. Sucedió un viernes a la tarde en un colectivo de la línea 50. Yo rumbeaba para Villa Azalais sin expectativa de vivir algún milagro.

Veníamos por la Maipú en dirección norte. El calor condensado y las leves cosquillas de viento, colándose por las ventanillas abiertas, se convertían en pensamientos profundos. Algunas conversaciones imponían su ritmo monótono.

En una parada se había estacionado un megane rojo y la maniobra del chofer para acercarse a la vereda produjo un mínimo roce entre ambos vehículos. Se bajó indignado el tipo del auto y a los gritos comenzó a increpar al colectivo. Quedamos todos los pasajeros en vilo, atentos a la discusión que empezaba a ganar intensidad.

Llegó un móvil del CAP, luego otro y otro. – Es muy simple-, dijo con severidad uno de los uniformados, dando por finalizada la trifulca-, se cambian los números del seguro y siguen viaje.

El apuro mediador del policía iba de la mano con el caos de tránsito generado por un colectivo cruzado en medio de la avenida Maipú.

El chofer descendió cartera en mano. El pasaje con resignada expectativa seguía en silencio los acontecimientos. Del fondo del bondi, rajando la tensión, dijo un tipo: -Ya que íbamos a demorar tanto por lo menos lo hubiera chocado bien-. Varias risas festejaron el comentario y las aprobaciones no tardaron en aparecer. –Sí, es cierto, puro espanto.

Y otro: -¿Para qué se estaciona en la parada?

Comenzó un barullo en el que todos tenían algo para decir. Y empezaron los chistes. –Dale chofer, que se me enfría la comida.

–Vamos que me estoy poniendo viejo-, dijo un viejo.

La risa relajó el ambiente y los espíritus se prepararon para una fiesta.

En medio de la jocosidad, iluminado por una pésima idea, uno de los policías sintió que los pasajeros se estaban pasando de cháchara. Asomó la cabeza por la puerta de adelante y gritó: -Primero que nada tranquilización (sic), no tengo ningún problema en hacer llevar el colectivo a la seccional-, dijo mientras oteaba por encima de las cabezas para corroborar el efecto anestésico de sus palabras.

La indignación, ante la prepotencia, encontró un canal para expresarse en una entabacada voz femenina que se encargó de interpretarnos.

Se escuchó muy claro. El triptongo elegido resultó lapidario.

Entre la última palabra del oficial y la respuesta no pasaron más de dos o tres milésimas de segundo. -No tengo ningún problema en hacer llevar el colectivo a la seccional-, dijo el hombre de azul.

-Andá, gorriao-, sentenció la Doña.

Si antes la hilaridad tuvo alguna medida a partir de ese instante todo se volvió carcajada. Vibró la Maipú.

El policía quiso reponerse y amagó un par de veces como para decir algo. Juntó aire y se dió cuenta que era insuficiente para imponer su voz al delirio. Intentó con una bocanada más amplia pero ya la risa se había apoderado del universo y no había grito suficiente.

Meneó la cabeza e indignado bajó del colectivo.

El chofer subió y seguimos viaje, felices por la gran victoria.

La sopapa

La entrada de la fábrica termina de golpe con la energía que le quedaba tras haber tomado dos colectivos repletos. El portón de madera, descascarado y verde de humedad, hace eco de los pasos que sin ánimo sufren cada uno de los escalones. Hace ya dieciocho años que Antonio trabaja en este lugar y sus capas de rutina son más gruesas que las paredes.

Giró su brazo para probar la costura, movió su pie derecho en círculos. El pegamento resistiría todavía algunos días más.

Marcó su tarjeta, 6:57.

Recorrió con la mirada el pasillo oscuro, inspiró profundamente y como autómata se dirigió al sector de ensamblado. Aproximadamente tres mil cajas arma a diario. Frente a una cinta transportadora sus manos actúan por propia voluntad. Su cabeza puede viajar a kilómetros de allí mientras ejecuta la misma serie de pasos.

Una noche, obligados a horas extras, los trabajadores de la fábrica escucharon un golpe seco, como una explosión. Corrieron al lugar del que suponían venía el ruido. Antonio yacía bajo unas pilas enormes de cajas corrugado doble. Perdió la pierna izquierda. La A.R.T en su magnificencia accedió a colocarle una prótesis. Lo mejor que pudieron ofrecerle en ese momento fue una sopapa e incluyeron, generosamente, el palo de escoba necesario para cubrir el tramo rodilla-sopapa.

Antonio la supuso más cómoda que unas muletas o una silla de ruedas.

Cada paso le costaba un tremendo esfuerzo muscular de su pierna mitad sopapa y del resto del cuerpo que pugnaba por desasirse de los ingratos mosaicos. La consigna era evitar los pisos húmedos donde la sopapa, tercamente, ejercía.

Algunas veces ni siquiera notó que un ojo o una mano se desprendían de su cuerpo y rumbeaban al sector de verificaciones sobre la cinta negra y ruidosa. El espanto duró hasta que desarmarse se volvió parte de la rutina. Con el brazo derecho bajo el izquierdo, salía de la fábrica.

Alma remendaba a su marido culpándolo por las tragedias diarias.

Con el tiempo se desinteresó de cualquier cosa que tuviera que ver con ese tipo. Coserlo y cogerlo eran tareas que debía cumplir cada tanto.

La fábrica de cajas era implacable con el espíritu de sus empleados y su entorno.

Antonio sólo pensaba en una estrategia para hacer explotar la fábrica que se había quedado con su juventud, una pierna, sus sueños y tres dedos de la mano izquierda. El plan tiene que ser perfecto. Los expertos, al reconstruir el hecho, deben ponderar la genialidad de la operación.

Cada mínimo detalle implica semanas de asentimientos y negaciones. Lo inquietaban preguntas trascendentales: ¿Se suicidaría o su plan debía incluir una coartada? ¿Iría preso cómo un propio héroe o la desintegración de su flagelante tendría que terminar con lo poco que le quedaba de vida y cuerpo?

Sería tan lindo poder verlo desde afuera, sentado en el banco de una plaza, con un cigarro en la mano peronista - perdió en un accidente los dedos pulgar, anular y meñique de su mano izquierda-. En un bolso el detonador impaciente. Siendo por fin dios y decidiendo cuándo acabar con la vida de varios miserables y de algunos buenos compañeros. Saboreando cada segundo.

O quizá la explosión deba incluirme, para qué me sirve un cuerpo a medias.

Desde el pasillo, sin preámbulos: -Compañeros, estamos muy cerca de morir, no intenten nada porque aprieto este botón y volamos todos. Hace años planeo este momento. En los pilares centrales hay la suficiente cantidad de explosivos como para terminar con la manzana completa. Llegó el momento de morir. ¿Quién lo pensó esta mañana? ¿Quiéren saber quién? Yo. Lo decidí y ustedes no pueden hacerlo ya. Los creyentes "si quieren" empiecen a rezar.

Con la decisión tomada consiguió un baúl con llave para ir guardando cada fracción de su estrategia. Estudió cuanto libro de química cayó en sus manos. Dedicó años a conocer las formas y los contenidos de la mayoría de los explosivos. Su mezcla debía ser sutil y efectiva. El diseño de una venganza contra los verdugos no permite que ningún detalle quede en manos del destino.

Seguir persiguiendo fórmulas exactas podía consumirle más tiempo del que le quedaba por vivir. Llevar su plan a la perfección no es nada simple.

Al comprobar que Alma duerme, abre su baúl y va descartando posibilidades hasta ser vencido por el sueño. Palpa la reivindicación de humanidad latente ante las oleadas automatizantes del pretendido progreso.

El método un poco lo inquieta, aunque algo parecido a la justicia aparta su conciencia a manotazos.

Mientras las horas, en su capricho perpetuo, fingen avance, Antonio mezcla elementos y saca conclusiones.

La incertidumbre se desplaza ante cada pequeño experimento. Afina el trazo, agitado por las posibilidades descartadas, al sentir que la circunferencia empieza a completarse.

Capas y capas de corteza se van ablandando y la luz por fin retorna a sus ojos.

Volvió a silbar.

Las mañanas lo sorprendían en la fábrica despedazándose por llegar a los mínimos exigibles: no era conveniente a sus planes que lo despidieran. Soportaba la flexibilidad abrazándose al estruendo.

Las posteriores semanas a la definición volvieron a amigar la física con su espíritu y hasta encontraba ritmo en sus pasos. Su ilusión de justicia lo hacía amanecer cada vez que despertaba.

Alma, en silencio, no podía creer que ese despojo de ser humano pudiera ser feliz.

Antonio se deshizo del tiempo y el desconocimiento, sus principales rivales. Sabía que no podía morir hasta que su misión estuviera cumplida.

El acontecer escupe en la cara a la rutina mientras más se acerca la definición.

Un peligro que divisaba en su horizonte era el de poder comprobar la efectividad de la fórmula. Debía encontrar un lugar aislado de los molestos oídos que se enderezan curiosos ante cualquier eventualidad. Era necesaria una prueba.

Aprovechando un franco salió una mañana muy temprano cargado con tubos de ensayo y elementos, en busca de un *rincón de las sierras*.

Junto a la ventanilla suspiró por cada árbol, poste o persona que se sucedían en desfile monótono.

Bajó del colectivo ya cansado de viajar. La pureza del aire impregnó sus gastados pulmones. Prendió un cigarrillo. Lo mejor del lugar era el piso de tierra porque la sopapa no se adhería. Las sierras, con majestuosa indiferencia, lo vieron renguear a bordo de la felicidad. Se sentó bajo un viejo árbol confidente y pudo escuchar el silencio. Sin prisa alguna preparó el explosivo y lo colocó en un claro. Se alejó despacio. La parsimonia de sus movimientos contrasta con la taquicardia que, a duras penas, resiste su organismo.

Abrió sus sentidos hasta exceder lo que su cuerpo parchado le permitía. Pulsó el detonador y un bramido como de trueno sacudió la quietud. Los pájaros se alejaron cacheteando el aire. Antonio, corriendo, se acercó al cráter humeante que lo recibió en sus brazos como al hijo pródigo. La dosis fue muy pequeña, la fábrica volaría por los aires. Silbando se despidió de ese lugar, de la sopapa, de sus pocos dedos.

Esa noche, Antonio y Alma hicieron el amor sorprendidos por una renovada pasión.

Los domingos siempre fueron tan crueles con su espíritu que aprendió a tenerles miedo. Esta vez lo usó de mantel y sobre el domingo preparó el explosivo en una terrible dosis.

Ni siquiera intentó dormir. El vino tinto fue su compañía en la noche más larga de su vida. Desde el grabador el Polaco rezaba tangos para siempre.

La ciudad amaneció con los motores como gallos urbanos.

Antonio besó en la frente a esa mujer que resoplaba inquieta y con su baúl se deslizó a la insaciable calle de asfalto.

El ómnibus llegó arrastrando sus ojeras de lunes. Al subir, Antonio se volvió gris para no desentonar en la trama.

Algunas veces se compadecían de su sopapa y le daban un asiento. Todos lo miraban, siempre. Esta vez, devolvía las miradas ensayando despedidas.

Entró a la fábrica y en medio del salón, con total naturalidad, sacó su mezcla fatal. Algunos lo miraron, pero nadie se detuvo a preguntar ni se interesó por lo que sucedía. Se arrancó la sopapa.

Apoyándose en las paredes, se alejó unos metros poseído por un asco profundo ante la explotación.

Con nostalgia contempló su mano peronista: alguna vez bailaron ahí otros dedos. Tiró del brazo izquierdo y se desprendió sin esfuerzo. La costura vencida no ofreció resistencia. Sentado en el piso pulsó el detonador, pero el estruendo final no llegó. Se empezó a llenar el ambiente con un humo denso, verduoso. Empleados y jefes huyeron confundiendo escalafones. La necesidad pospuso la tiranía.

El aire, cada vez más espeso, hizo rebotar los gritos entre sí. Antonio, arrastrándose y a las puteadas, se desprendió de algunos brazos humanos que intentaron rescatarlo. Tenía que llegar al baúl para entender qué salió mal. Tragó mucho humo, tosía cada vez desde más adentro.

Llegó al sitio exacto, la mezcla fatal no había volado la fábrica, no pudo terminar con ese enclave de injusticia.

Al disiparse el humo notó que de una rajadura florecía, desafiante, un crisantemo. Pudo crear, sin pretenderlo, una belleza armoniosa e iluminada, y fue el perfume de su agonía el que se impuso en sus podridos recuerdos.

El pastor

En la feria los toldos verdes abrigan a roncós vendedores que, a grito pelado, claman sus ofertas. Mucha gente es convocada por lo heterogéneo de este paseo atiborrado.

Manos en los bolsillos recorría con suficiencia el lugar, estirando hasta lo insufrible el momento de volver a casa.

En una esquina, un tanto apartada del bullicio, se comía muy bien. Cintia ofrece platos inspirados en viejas recetas familiares. Al verme entrar se estrujó las manos en su delantal enrojecido, a veces anacrónicamente, de tomate. El menú del día me alegró el alma, locro+pan+vino rezaba una cartulina verde adherida con cinta scotch al mostrador. Mi estómago se agitó.

Sentado, de frente a la ventana, esperaba mi porción. Prendí un cigarrillo empujado por la soledad. El humo recorre el vacío local y se escapa por una ventanita siempre abierta sobre la puerta de entrada.

Me apareció de frente un pingüino empachado que Cintia me ofrecía amablemente: -Mientras espera, para que no se ponga nervioso-. En su amplia sonrisa adiviné una preocupación.

Preferí no hacer preguntas. No hizo falta. Cuando el locro humeante hizo su sagrada aparición: -Aproveche Miguel, que en unos días voy a tener que cerrar-. Acompañó la frase dejando caer los hombros y estirando apenas las comisuras. Ahí caí en la cuenta que lo me gustaba de ese bar era la poquísima gente que lo frecuentaba y eso no coincidía con las expectativas de Cintia.

-Quedate tranquila, ya vas a ver que todo va a mejorar-. Le dije alentado por el tinto que ya ocupaba los pasillos de mi alma, nunca fui partidario de las frases de aliento.

- Ojalá Miguel, ojalá.

Salí del bar un poco mareado.

Apenas di unos pasos mi pie derecho chocó contra algo que al sentirse impulsado recorrió unos centímetros. Era como un teléfono pero sin botones, con una antena negra recubierta de goma. Apenas lo levanté una voz me hizo dar un salto, provenía del aparato que en ese momento adquiriría especificidad y dejaba de parecer un teléfono para ser un handy, de la policía. -Cabo Ramírez repórtese, ¿sigue cinco cinco?

Vaya a saber que raro vapor o indecisión fallida me impulsó.

-Sigo de cerca movimientos irregulares en el bar esquina "La escafandra"- el bar de Cintia - calles Florencio Sánchez y César Loza.

Mi pensamiento siguió este piolín: Cintia no incurre en ninguna actividad ilegal por lo tanto nada descubrirán. Para investigar, los policías seguro van a ir de civil y, en el disimulo táctico, van a comer en el lugar. Además, extremando su actuación en vistas del caso, van a pagar lo que consuman.

-Continúe con discreción, derivo fuerzas especiales-. La voz metálica y estridente del interlocutor me provocó sucesivos temblores.

Apagué la porquería esa girando un botón circular ubicado en la esquina superior izquierda - las palabras mismas adquieren aspecto coercitivo cuando de estos tipos y su parafernalia se trata -. Tiré el handy a un tacho de basura y volví al bar, convencido de haber hecho algo bueno.

-Cintia algo me dice que todo se va a solucionar, es una sensación muy cercana al ombligo.

Con la conciencia despejada de intenciones constructivas decidí volver a mi casa. La multitud frenaba cualquier ansia de velocidad, había que avanzar paso a paso entre la masa de pan relleno.

Otro sábado a la tarde me sorprendió en la feria, desfilando entre calesitas monocromáticas.

Luego de algunos giros involuntarios enfilé al bar de Cintia. Desde la puerta, ambiciosamente, buscaba una mesa libre. Me molestó que estuviera tan lleno.

Cintia me hizo señas desde la barra.

- No sé qué pasó Miguel-, dijo emocionada-, pero desde esa tarde en la que dijiste que todo iba a mejorar, no paró de entrar gente. Está así de lleno todas las noches. Hoy te invito yo. Siento que todo esto que me está pasando tiene que ver con vos.

Ahí nomás destapó un vino de los buenos y celebramos por este nuevo estado de cosas. Tras varios brindis ya se reía de mis mediocres anécdotas.

Dos mujeres, maniatadas por sus ropas y tinturas, cuchicheaban mirándome. Las demás personas, quizás alentadas por la impunidad visual de aquellas dos, espiaban de costado.

Cintia no pudo dejar de asociar su repentino éxito a las sinceras palabras que dije y les comentó a unas amigas que mi energía portaba una fuerza especial, algo que me volvía diferente al resto. Si bien mi ocurrencia con el handy tuvo algo que ver, las razones cayeron sobre terrenos equivocados.

Las amigas de Cintia repitieron a muchas más personas mis supuestas condiciones, con las exageraciones no ameritadas por el caso, y me convertí de un día para el otro en santo o en un brujo.

Me levanté un tanto mareado. El bar seguía lleno, sólo habían mutado las caras que se mantenían fijas en mí. Tambaleando entre mesas salí disparado del bar. Un panorama compacto nació a mis pies y se perdía en el horizonte. Un tipo petizo, calzado en un vaquero azul que le quedaba grande, se me colgó del brazo derecho y me gritó al oído: -Don Eduardo quiere verte, quiere charlar con vos. ¿Tenés para el Vitel Thoné?

Sin darme tiempo para negar, asentir o entender la oferta, me metió un puñado grande de billetes verdes en el bolsillo y gritó: - El martes al mediodía, esperalo en tu casa.

Eduardo Buzza empezó a vislumbrar entre sueños las ventajas de este lugar al que concurrían cada vez más personas. Sábados y domingos a la tarde una multitud copa las calles peatonalizadas y recorre los puestos en los que la diversidad se divide en secciones. A los quince años, atendía un carro de panchos. Al poco tiempo era ya propietario de dos puestos y participaba de la comisión directiva "fresca sensación", donde decidían la tasa que se debía pagar para poner un puesto y evaluaban la instalación de nuevos vendedores.

A medida que crece el poder de Eduardo aumenta la circunferencia de su panza. Todos sus movimientos son realizados con suma lentitud, las rodillas parecen arquearse, a cada paso resopla en busca de aire que es siempre insuficiente.

En los últimos meses se lo veía cada tanto con un séquito aceitado.

Entre susurros temerosos se dice que Eduardo está alcanzando los 300 kilos.

Si me niego a la entrevista me van a estropear físicamente.

Llegué a casa, metí la mano al bolsillo buscando un encendedor y me topé con el fajo de billetes. Era mucha plata.

No sabía preparar vitel thoné. Pensé en Cintia.

-Vitel Thoné, seguro. ¿Para cuántas personas?- Preguntó ella, diligente.

-Creo que dos, en realidad no sé muy bien, Don Eduardo quiere verme y un tipo me dió plata especificando que era para el vitel thoné.

Cintia, pálida, dijo: -Miguel, corre un rumor por la feria, cuando Don Eduardo se entrevista con alguien le gusta hacerlo en un jacuzzi lleno de vitel thoné. Dicen que Carlos y Alicia cuando pusieron la peña firmaron el contrato los tres sumergidos en salsa.

Una carcajada se me escapó y chocó contra la preocupación de Cintia.

-Te voy a ayudar, cuándo te dijeron que es la reunión y dónde-, preguntó con seriedad.

-El martes al mediodía, en casa-. Susurré resignado.

No sabía dónde alquilar un jacuzzi. -¿Por qué no se fija en internet?-, me sugirieron los consultados.

Encontré un lugar y un teléfono. Llamé, luego fui. Entre guiños amistosos y frases pobladas de doble sentido se efectuó la operación. El lunes a la tarde llegaron en una camioneta dos tipos, relojearon a Cintia que había llegado momentos antes cargada de bolsas y ollas. Bajaron una pileta llena de mangueras y se pusieron a trabajar inmediatamente.

Mi casa, tiene una habitación que es living-cocina-comedor-pieza y un baño.

Por la ventana, renegando mucho, metimos el piletón. Interceptaron caños, conectaron tubos y en un rato estaba instalado el jacuzzi.

Me dejaron un librito con instrucciones y se fueron guiñándome un ojo cada uno.

Quedamos con Cintia en diferentes lados de la estructura. Movié su cabeza como espantando una idea y dando un aplauso dijo: -A cocinar.

Mi tarea era hervir 8 pecetos de dos kilos cada uno.

En la cocina no íbamos a terminar más porque funciona una sola hornalla.

Me acordé de mi amigo Javier que derrite grasa con unas hornallas potentes. De su casa nos vinimos con el quemador y con una olla gigante.

Entre el jacuzzi y la olla se apropiaron del espacio. Javier conectó el quemador a la garrafa y se retiró guardando muchísimas preguntas que la discreción postergó hasta vernos de nuevo.

Pude hervir los 8 pecetos de una vez.

Cintia reía. Ella creía en mi fuerza mística. La salsita iba tomando gusto y forma bajo sus manos expertas. Las horas giraban hacia delante y no hacia atrás, como toda mi vida. El jacuzzi se iba llenando poco a poco y el delirio, espesaba esta realidad. Varias veces nos rozamos las manos aunque el horizonte sólo tenga espacio para Don Eduardo y el vitel thoné.

Anochece. Las luces artificiales cobraron protagonismo desafiando a las estrellas que, indiferentes, llenaron de puntos la serena pulcritud de lunes a la noche.

Se me escapan las palabras, caprichosas, hacia el silencio. La brasa del cigarrillo concentra el fuego disperso que toma a Cintia de la cintura y besa su largo cuello con desesperación. Las esencias fundidas en un pedacito de pan que, goloso, se unta en la salsa.

El timbre. Juan con el prometido cajón de cerveza. La locura toma forma, la salsa casi lista.

Cintia logró hacerme olvidar el motivo de todo el preparativo. ¡Venía Don Eduardo!

Rozando la madrugada teníamos todo listo, faltaba comprar el pan nada más. El jacuzzi lleno de salsa, los bifés abundantes, la cerveza se enfriaba en la heladera. Cintia se despedía exhausta. Quise besarla, abrazarla, pero no me salió más que un escueto gracias y beso en el cachete. ¿Por qué no la invité a quedarse?

Dando vueltas no encontraba razones para la visita de Don Eduardo, de dónde me conocía, qué podía querer. La ilegalidad rozaba todo lo que este tipo hacía, ilegalidad moral por cierto, tenía varios jueces trabajando para él.

¿Sería por Cintia, quizás Eduardo era un enamorado secreto y quería alejarme de ella?

Todas las especulaciones se transforman en insomnio y acá estoy.

Ajado mi aspecto, entré a la panadería. El peso específico me mantenía adherido a la tierra, las bolsas no vuelan. Corté los dos kilos de mignon en rodajas.

Devolví la olla y el quemador.

Sonó el timbre. El tipo petizo del jean grande, sin saludar, entró a mi casa. Tras revisar todo, se fue

Cinco minutos después estacionó un auto enorme. Bajaron dos tipos de saco negro, golpearon y se pararon flanqueando la entrada del lado de afuera. Por la ventanilla, adiviné la figura colosal de Don Eduardo.

Bajó envuelto en una bata verde. Su cuello blanco, acordoneado, tenía el espesor de mi espalda, una expresión inquieta en sus ojos olfateaba el aire en busca de señales. Totalmente calvo y blanco, a pasos pesados, se acercó a la puerta.

Me dio la mano livianamente. Sin intercambiar palabras se sacó la bata. Desnudo, pateó al aire con la pierna derecha y voló una pantufla lila hacía un rincón. Repitió la operación con la zurda y se zambulló en el jacuzzi. Tras unos breves sorbos de salsa, tomó pan y se deshizo con aire satisfecho de varios bifés rondadores. Todavía sin hablar vació un jarro de cerveza de un trago.

Pareció reanudar una conversación: -Ahí tiene usted sin ir más lejos la iglesia del universo facturando diariamente más que los bancos más grandes del país, libre de impuestos, indemostrables cantidades. Cada vez hay más cultos y variaciones, curas, pastores, sanadores, reverendos; templos, iglesias, salones; diezmos, limosnas, ofrendas. Un dineral rondando por los aires esperando el agarrón salvador, se lo van a llevar todo a menos que emprendamos este camino juntos.- Dijo, mirándome fijamente.

Tomó de la bandeja dos fetas de pan, las untó a su alrededor y las deglutió de un bocado. Tras un eructo, coagulado de cerveza, siguió: -La esperanza es más redituable hoy en día que se ha alargado la vida. Estuve viendo el funcionamiento de un par de lugares, la estructura que construyen trabaja como mecánica suiza. Es como venta por catálogo-. Decía mientras agitaba la salsita con sus extremidades colgantes.

- Imaginate que ya sos pastor o cura o ministro, lo que quieras y tenés una congregación de treinta personas. Elegís cuatro de esos treinta y les decís que si lleva cada uno diez personas más, quedarán los 4 declarados pastores suplentes. A su vez esos suplentes de los diez que trajeron eligen dos o tres que hagan la misma cadena. A medida que crece el número de fieles, tenés controlados a los 4 más poderosos después de vos, éstos tienen control sobre los que vienen después de ellos. Se construye piramidalmente. Se puede ir todo al carajo y durar nada o mucho tiempo. Con la plata que vamos recaudando abrimos nuevas sucursales, donde la cadena se pone nuevamente en funcionamiento. La salvación y el eterno descanso son buenos productos porque no exigen contraprestación, no se pueden demostrar, puras ganancias. ¿Quién dice que mentís al prometer la salvación a un precio módico? Es momento de reclamar nuestra parte de la torta, ahora, no tengo tiempo para ser paciente. El primer paso ya está dado, la mayoría de los puesteros piensa que tiene usted poder. Se corrió la bola rápidamente, hay personas que ya le inventaron un pasado misterioso y dos o tres milagros. Otros se distribuyeron por panaderías, carnicerías y almacenes del barrio proclamando la buena nueva, tenemos un ser luminoso entre nosotros

Una carpa estructural sábados y domingos a la noche - se relamía -, al medio de la feria. Rediseñamos la estructura, ponemos los puestos formando un espiral cuyo centro sea usted. Muchas sillas, música de ambiente, un oasis.

Dicho esto se tapó la nariz y hundió su calva cabeza en la salsa emergiendo su cara muy cerca de la mía. Sus ojos extraviados y salpicados parecieron adivinar mi indecisión.

-¿Qué me dice?-, alcancé a escuchar cuando me sacudieron una trompada de costado que me hizo rebotar contra el filo del jacuzzi. Caí desmayado.

Desperté preso de un fuertísimo dolor de cabeza, una costra de sangre reseca me cubría la mitad de la cara, no estaba en casa. Los sonidos vibraron huecos, un zumbido me perforaba muelas y oídos. Poco a poco me fui durmiendo.

Un baldazo de agua helada sobresaltó mi inconciencia, el frío reavivó el punzante dolor que atravesó mi cabeza en líneas que se dispararon en todas direcciones. Tenía la boca reseca, necesitaba tomar agua. Bajo formas difusas pude ver una mesita a mi derecha, un colchón mojado y unos barrotes a los que estaba atado. Me vencía el terrible dolor. Otro baldazo me dejó sin aire. Abrí lo más que pude los ojos y ahí se apareció Don Eduardo con una sonrisa enorme, tranquilizando el ambiente, quizá por ocuparlo todo. Acercó una silla, que la penumbra mantuvo oculta, y dijo: -Todo esto es por tus dudas, no crees que nos hacemos ricos, no confías en mí. Estamos ante una chance histórica, cuando todo se desmorona la fe sigue intacta o crece. No creas que sos imprescindible, tu situación te convierte en catalizador, no en elemento primordial. Te estoy brindando la oportunidad de una nueva vida o de ninguna. Te hago liquidar acá y ahora.

Dijo esta última frase con una tranquilidad espantosa.

Así nació nuestro ministerio, entre sánquches y amenazas.

Con un primer almuerzo.